

Franklin Gil Hernández

**Chloe Rutter-Jensen**

*Temblores. Notas sobre sexo, cultura y sociedad*

Bogotá: Ediciones B., 160 págs.

Franklin Gil Hernández es investigador asociado y docente invitado de la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Algunas publicaciones: “Relativismo cultural, diferencia colonial y derechos de las mujeres” (2011), “El ‘éxito negro’ y la ‘belleza negra’ en las páginas sociales” (2010), “Volviendo al sexo. Reflexiones sobre familia, matrimonio gay y ética sexual” (2009), “Racismo, homofobia y sexismo. Reflexiones teóricas y políticas sobre interseccionalidad” (2008), “‘Es que Pedro Nel es hombre’. Débora Arango y las mujeres en el arte colombiano” (2006). Correo electrónico: fggilh@unal.edu.co

HABRÍA QUE DECIR, en primer lugar, que no es usual en la academia ni es fácil hacer un libro como este, que trate de difundir los temas esotéricos de los estudios de género y sexualidad entre un público más amplio del que usualmente tenemos. Hacer una síntesis comprensiva, sencilla y a la vez rigurosa requiere de cierta destreza y de una solvencia especial con la teoría y la bibliografía del campo, como lo demuestra Chloe Rutter-Jensen con suficiencia.

Una muestra de esas habilidades son los dos primeros capítulos del libro en los que la autora expone con sencillez, claridad y con diversos ejemplos de la vida cotidiana conceptos y categorías de gran complejidad, como identidad, sexo, género, heterosexualidad obligatoria, deseo, etc. En esos primeros apartes deconstruye hábilmente el fetichismo de las etiquetas y las prenociones que tenemos en general de lo que significan masculino o femenino, o en otros campos en los que incursiona la autora, como el del mayor o menor valor que les damos a los trabajos. Las valoraciones diferenciadas y jerarquizadas que hacemos de tareas como escribir un libro, diseñar un edificio, pegar ladrillos o hacer labores domésticas son todas artificiales como todos los valores y jerarquías que establecemos entre sexo bueno y sexo malo, cuerpos y vidas más o menos valiosas. En este país las vidas no valen lo mismo; tal como lo ilustra Rutter-Jensen, el tamaño del cuarto de la empleada doméstica en una casa burguesa pareciera decir algo sobre el valor que tiene como persona: la mitad o la cuarta parte frente a sus patrones. La forma masiva como nos movilizamos por ciertos actos muestra las causas que nos importan y las que no, las vidas que nos importan y las que no. Es así como muchachos de barrios populares asesinados y presentados como falsos trofeos de guerra, al parecer, no nos conmueven suficientemente, mientras que sí nos conmovemos cuando matan “personas de bien”.

En un momento en el que la investigación (o mejor, cierta manera de entender la investigación) adquiere un lugar central en las universidades y en la producción de conocimiento, a veces en competencia con la labor docente, e incluso con una cierta subvaloración de dicha labor, un trabajo como este cobra particular valor. Antes de leer el libro ya me parecía interesante poder hacer una publicación y producir conocimiento con base en la experiencia de realizar un curso. Después de haber leído el libro, constato lo interesante que resulta este ejercicio al poner en valor la labor docente y pedagógica en la producción de conocimiento. Los profesores aprendemos mucho dando clases, y más honesto sería decir: los profesores aprendemos mucho de las y los estudiantes. Como lo diría Rutter-Jensen, sus clases son ochenta minutos de inspiración intelectual frente a un estimulante auditorio de personas, con voluntad de transformación y ganas de cambiar al mundo.

Las ideas que producimos, algunas más y otras menos interesantes, son siempre el resultado de la relación: no aprendemos solos, no se nos ocurren ideas geniales encerrados en nuestras oficinas, aunque a veces parezca así. Nuestras ideas adquieren cuerpo cuando las compartimos, cuando nos preguntan, cuando nos interpelan. Después aparece un artículo o un libro con nuestro nombre, pero el resultado que contiene es algo con lo cual tuvieron que ver varias personas, aunque pocas veces lo reconozcamos.

Chloe Rutter-Jensen, con este trabajo, pone en valor no solo la labor pedagógica, sino el conocimiento producido por las y los estudiantes que han transitado por su clase *Sexo, Cultura y Sociedad* en más de cinco años. Ideas de ellos y ellas, ideas con ellos y ellas, ideas en la interacción.

Doy un curso en la Universidad Nacional que se llama muy parecido: *Sexualidad y Sociedad*, y trabajo en la Escuela de Estudios de Género hace unos años. Sé que es imposible abordar estos temas sin tocar las vidas de las personas. He visto pasar varias personas por nuestros programas de formación que evidentemente quieren tener un título posgraduado y aprender; sin embargo, para muchos de ellos y ellas es indispensable hacerse preguntas personales, cuestionar sus identidades de género y sexuales y poner en duda muchas cosas que tenían por dadas no solo en las teorías sino en sus vidas. Es así como entiendo muy bien los temblores de los que habla Chloe, y es maravilloso que haya hecho de esa experiencia docente feminista un material de trabajo.

Pedagogía feminista. Me parece apropiada la adjetivación de esa labor docente. Efectivamente eso ha hecho Rutter-Jensen: tomarse en serio esa consigna tan citada en el feminismo de que lo personal es político y esa apuesta por la experiencia en la producción de conocimiento. Feminista es una adjetivación difícil cuando existen tantos prejuicios, distorsiones y fantasmas en torno a lo que significan los feminismos. El sesgo, que según varias estudiosas de la epistemología feminista (Haraway, Harding, entre otras) es una forma de objetividad, es aprovechado al máximo en esta experiencia docente.

La pedagogía de lo cotidiano es otra estrategia utilizada por Rutter-Jensen, fundada en la capacidad de análisis de las pequeñas cosas, como tomar un bus, pedir un favor, llevar flores a una cita, orinar, etc. Ella nos muestra los meandros de las relaciones de poder y las violencias cotidianas que se ocultan en las banalidades que no estudian los grandes investigadores, quienes se ocupan de los grandes temas.

Hay unas reflexiones en este libro que particularmente llamaron mi atención y con las cuales me identifiqué mucho. Cuando Chloe dibuja una utopía social o mejor un horizonte político en relación con el sexo, propone que no se

puede perder la mirada de la solución de las desigualdades de clase y raciales: no podemos imaginar justicia sexual sin justicia social. También lo contrario, que la justicia social sin justicia sexual no solo no tiene sentido, sino que es incompleta.

Así también, refiere las luchas tan poco ambiciosas de quienes aspiran simplemente a “participar de manera igualitaria en un sistema que oprime” (79), como sería una sociedad con “matrimonio gay” pero donde los niños y las niñas de los barrios pobres no tienen derecho a una educación de calidad. No se trata de poner a competir causas, no quisiera tampoco una sociedad donde todos los niños y las niñas tengan acceso a educación de calidad, pero donde una pareja de dos hombres o de dos mujeres no pueda amarse sin ser discriminada y donde no pueda tener niños y niñas que también vayan a esas escuelas.

Los análisis que el libro presenta acerca de la violencia que ejerce la heterosexualidad obligatoria sobre nuestros cuerpos en la vida cotidiana muestran la capacidad que tienen las instituciones sociales y culturales de reducir la variabilidad humana a dos pobres repertorios de género. La agudeza con la que Rutter-Jensen analiza algo tan trivial como las celebradas y admitidas “demostraciones de amor” de las parejas heterosexuales en la calle nos hace ver la función social que cumplen esas imágenes en la transmisión de valores: nos muestran no solo qué se puede hacer en la calle, sino también quiénes pueden hacerlo. La puesta en público de esas imágenes indica también la fascinación que nos produce esa pareja, y la naturalización que hacemos de ella como legítima, no solo porque se trata de personas con “sexos contrarios”, un hombre y una mujer, sino porque son solo dos, y porque se supone que esa “agarrada de manos” y ese beso amoroso tienen sentido porque mañana estarán casados, formarán una familia y reproducirán la especie, no solo en sentido biológico sino ideológico: producir cuerpos heterosexualizables que algún día también se casarán y formarán un sacro hogar con hijos e hijas heterosexualizables.

Una crítica con la que me identifiqué mucho es la que hace Rutter-Jensen a la familia normativa. En una sociedad que valora *per se* la familia como un baluarte de la vida social, como un bien en sí mismo y un elemento necesario, una afirmación como la que Chloe extrae de los testimonios de sus estudiantes es totalmente disonante. Dice ella: “la familia no es inherentemente un sitio seguro” (52). No solo no es seguro, sino que es violento. En las familias se castran libertades, se expone a torturas y humillaciones a las y los diferentes, se viola a las mujeres, a las niñas y a los niños. Algunos dirán que es la degradación de la familia lo que podemos ver en esas conductas, pero por qué no pensar que esas manifestaciones violentas son inherentes a esa caduca institución social.

La centralidad que tiene en nuestra sociedad la familia nuclear heterosexual nos muestra la falta de capacidad que tenemos para crear vínculos, actitudes y formas de cuidado, para motivar la solidaridad económica y las atenciones con las personas que están en nuestro entorno, con nuestros congéneres, independientemente de los lazos de sangre o de parentesco civil que tengamos con ellos. También indica la falta de reconocimiento social que tienen los vínculos que establecemos y las formas como resolvemos los cuidados en lo cotidiano a través de la amistad, de la “familia escogida” y de formas de parentesco no reconocidas socialmente. La ética sexual, que en últimas es una ética del cuidado mutuo, como lo entiendo siguiendo varias reflexiones de Gayle Rubin y de Judith Butler al respecto, es lo que está detrás de varias de las luchas de los grupos y sujetos minorizados sexualmente.

Los buenos trabajos siempre dan lugar a discusiones y quisiera finalmente señalar dos cuestiones. La primera tiene que ver con la categoría *patriarcado*, que es usada en este texto. No quiero proceder como a veces se hace, prohibiendo palabras o imponiendo cierto lenguaje, pero creo que hay categorías más eficaces que otras para nombrar ciertos problemas. Pienso que a veces en el campo de los estudios feministas y de género naturalizamos cierta jerga sin haber pensado muy bien si representa lo que queremos decir. Creo que *patriarcado* sigue teniendo alguna pertinencia para explicar algunas situaciones de violencia contra las mujeres, pero no estoy seguro de que funcione como una categoría explicativa general en torno a las relaciones de dominación de género. Me parece que este préstamo de la terminología relativa al parentesco a veces no dice mucho y restringe las formas como podemos identificar y describir la dominación de género. ¿Acaso no hay sexismo o dominación en las formas familiares de las clases medias educadas que probablemente tengan maneras más paritarias de pareja? ¿Puede haber dominación masculina o sexismo sin formas patriarcales? ¿Puede haber sexismo entre parejas homosexuales?

La otra cuestión es una recomendación para futuros trabajos y para seguir poniendo en valor la producción de las y los estudiantes. En un campo en construcción como este mucha producción proviene de tesis y trabajos de grado, que por ciertas lógicas jerárquicas en la circulación del conocimiento se consideran menores. Creo que en esta tarea de visibilizar esa producción de las y los estudiantes y de romper con esas lógicas jerárquicas, vale la pena apostar por dar a conocer los aportes que hacen esos trabajos al campo y convencernos de que no solo los investigadores consagrados y quienes publican en revistas indexadas tienen algo para decir.

Finalmente, creo que ejercicios como este son un gran aporte a la difusión del pensamiento feminista, pero también a la valoración de la labor pedagógica universitaria.

#### Obras citadas

- Butler, Judith. "Is Kinship Always Already Heterosexual?". *Undoing Gender*. Nueva York: Routledge, 2004, 102-130.
- Haraway, Donna. "Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial". *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra, 1991, 313-346.
- Harding, Sandra. "¿Una filosofía de la ciencia socialmente relevante? Argumentos en torno a la controversia sobre el punto de vista feminista". *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*. N. Blázquez, F. Flórez y M. Ríos (eds.). México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, 39-66.
- Rubin, Gayle. "Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad". *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. C. Vance (ed.). Madrid: Revolución, 1989, 113-190.